

  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Miscamble, Wilson D.: *The Most Controversial Decision. Truman, the Atomic Bombs, and the Defeat of Japan*, Nueva York, Cambridge University Press, 2011.**

**Andrés M. Zampatti**

*Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires*

*andreszampatti@gmail.com*

*Fecha de recepción: 12/05/2015*

*Fecha de aprobación: 18/05/2015*

**D**entro de muy poco tiempo, se cumplirán setenta años de un hecho siempre controversial en la historia del sistema internacional: las detonaciones de las bombas atómicas en la rendición de Japón, en el marco de la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. La controversia generalmente gira en torno a una par de preguntas claves: ¿Fue necesario el uso de las bombas atómicas? ¿Fue moralmente correcto?

Wilson Miscamble, en su obra *The Most Controversial Decision*, se hace las mismas preguntas para guiar su obra. Aunque también se preguntará sobre la necesidad del uso de la bomba (¿Cuál es el verdadero grado de incidencia que tuvo esta decisión controvertida en la rendición de Japón?) es central el esfuerzo que realiza para justificar la decisión tanto en términos políticos como morales. De hecho, se interrogará sobre qué otras alternativas pudieron tener los hacedores

de política norteamericana, e incluso advertirá al lector sobre el consejo que solía darle su amigo y colega J. L. Gaddis. Señala Miscamble: “one can’t escape thinking about history in moral terms, and rather than doing this implicitly or subconsciously I prefer here to engage the issue explicitly” (p. 3). Es por esto que el autor advierte al lector que habrá algún lugar para el juicio moral en su obra: al no poder escapar de hacerlo, consciente o inconscientemente, él prefiere hacerlo explícitamente, incluso dedicándole un capítulo exclusivo al análisis moral sobre el uso de la bomba atómica.

Comienza su obra analizando la figura de Franklin Roosevelt, y sobre todo de cuán convencido estaba el Presidente norteamericano acerca de la necesidad de que la rendición de Japón debería ser incondicional. Esto, que se convirtió enseguida en una necesidad en términos militares, explica la importancia que cobraría inmediatamente el Proyecto Manhattan y el rol que tuvo Vannevar Bush, una de las principales figuras del Proyecto. Roosevelt, según nos explicará Miscamble, no veía inconveniente alguno en que si la superioridad tecnológica norteamericana pudiera ser aplicada efectivamente para evitar bajas norteamericanas, debía utilizarse en la forma que sea. De hecho, lo dice claramente. “If technological superiority might be applied effectively to save American lives, Roosevelt believed it should be so used” (p. 14).

Truman, a pesar de no contar con instrucciones precisas de Roosevelt (al morir este último) pensaba de manera similar: “His successor would think likewise” (p. 14). La idea de una victoria completa, con una rendición incondicional, y con la menor cantidad de bajas norteamericanas, re-dimensionó en importancia, según nos muestra Miscamble, el Proyecto Manhattan y el rol de la bomba atómica. *Esta es la clave en la que el autor pretende entender y justificar a posteriori la necesidad del uso de la bomba atómica sobre Japón.*

Luego de la muerte de Roosevelt, el autor se ocupa de analizar a quién lo sucedió en el cargo, y quién tomará luego la decisión de despachar a *Little Boy* y a *Fat Man* sobre Hiroshima y Nagasaki: Harry Truman. Comienza advirtiendo al lector cuán limitado era el conocimiento que él, ahora Presidente de los Estados Unidos, tenía sobre los detalles de la política exterior de su predecesor, y del Proyecto Manhattan. La muerte de Roosevelt, así, se convirtió en una suerte de broma pesada, por parte de la historia, que dejó al mando de la mayor potencia militar del Sistema Inter-

nacional a un hombre con fuertes convicciones, pero con información limitada. Incluso, el autor lo llega a describir como “unprepared, bewildered, and frightened” (p. 27). Es por esto que deliberadamente, según nos cuenta Miscamble, nunca actuó precipitada ni erráticamente: era totalmente consciente de sus limitaciones y de lo grande que le quedaban los zapatos que debía llenar. Por esto confió plenamente en sus asesores (quienes además daban continuidad entre ambas administraciones) y supo ser cauto y extremadamente analítico antes de tomar cada decisión. Truman, así, aceptaba sin cuestionamiento alguno los informes que recibía: tanto aquellos que lo ponían al tanto del Proyecto Manhattan, como aquellos que le iluminaban sobre lo cerca que se estaba de derrotar a los Nazis, y a su vez lo complicado que sería llegar a una victoria en el Pacífico. Truman pretendió en todo momento que fuera la continuidad entre su gestión y la de su predecesor lo que reine, y este es un punto clave que Miscamble remarca intencionalmente.

Miscamble, a lo largo de todo su libro, distribuye con claridad las responsabilidades entre todos aquellos que formaron parte de “la decisión más controvertida”. Analiza profundamente la figura y el rol que desempeñó Harry Stimson, principalmente como Secretario de Defensa que debía iluminar a Truman sobre lo trabajado durante años con Roosevelt, y debía advertirle también al Presidente que la bomba estaría lista en un par de meses. Stimson veía como temas profundamente relacionados el uso de la bomba para derrotar a Japón y la importancia que tendría *a posteriori* como una carta maestra en diplomacia. De hecho, se oponía a compartirla con otras potencias, y someterse a un control internacional. Según Miscamble, lo que a Truman le importaba más de todo esto era el hecho de tener que ser el Presidente que (según sus propias palabras) debía tomar la decisión que ningún otro hombre en la historia había tomado, ni iba a tener que tomar. El autor también cuenta y analiza cómo estas diferencias en prioridades y preocupaciones le quitaban el sueño al Secretario de Defensa.

Siguiendo Miscamble su análisis de las figuras más importantes del momento histórico, luego procederá a analizar el rol de J. F. Byrnes, quien sería designado como Secretario de Estado por Truman. Byrnes, según señala el autor, impediría que prospere cualquier intento de compartir información confidencial sobre el desarrollo de la bomba con el Reino Unido, y sobre todo con la Unión Soviética. Es aquí donde empieza a desnudarse el pensamiento y la opinión de Miscamble acerca de los interrogantes que guiaron su investigación. Nos dice, el autor, que es crucial tener en

cuenta que quienes actuaron en ese momento, y tomaron la decisión de lanzar las bombas, no actuaban bajo la influencia de la visión fantasmagórica de los hechos, como sí actúan aquellos que lo juzgan con el conocimiento de lo que ocurrió: “It is crucial to recall that members of the Interim Committee never acted with that ghastly vision before them. Their mind were troubled more by the horrors of the Pacific War as seen through an American lens” (p. 43).

Sus mentes, como se puede leer, por lo que sí estaban condicionadas era por las atrocidades de la guerra del Pacífico y por la necesidad de terminar la guerra. Desde Pearl Harbor, hasta las atrocidades de Okinawa e Iwo Jima, y sobre todo por la actitud de los kamikazes, se fue consolidando una antipatía hacia el Imperio Japonés. Miscamble será contundente: poco fue el respeto o la empatía que podría haber hacia Japón a esa altura del conflicto armado. Esto colaboró a que no hubiera dudas sobre el uso de cualquier tipo de armas. Nos cuenta el autor, incluso, que la duda no era si usar las bombas atómicas o no, sino cómo usarlas. La duda sobre el uso o no de la bomba atómica, según Miscamble, es un producto del estudio histórico, que no existió en el momento. Ni Truman ni ninguno de sus colaboradores dudaban en tomar la decisión, a la luz de los análisis cuantitativos de las bajas norteamericanas que habría ante una presunta invasión por tierra para terminar la guerra. De hecho, el autor nos dirá que Truman no poseía ni la capacidad ni la voluntad de retroceder en un camino que había comenzado a andar Roosevelt con el Proyecto Manhattan.

Es clave asimismo el lugar que Miscamble le da al contexto. La guerra convencional podía ir ganándose, pero la huella de Iwo Jima fue demasiado grande, y a su vez, relativamente insignificante en comparación con Okinawa. Si a este contexto le sumamos el cuantioso aumento en bajas que sufrió Estados Unidos a manos de la “nueva estrategia” Kamikaze, la decisión de las bombas era cada vez menos controvertida. “At Iwo Jima and Okinawa the Japanese forced the Americans to pay an enormous price for their military success and they gave no indication of altering their resolution to die rather than surrender and accept defeat” (p. 48). Miscamble entiende claramente que Japón fue quien mediante su actitud forzó a Estados Unidos a usar las bombas sobre su territorio: “Herbert Hoover’s warning to Truman in late May that the invasion could cost from half a million to a million lives was taken very seriously by the president” (p. 49). El análisis de Hoover

fue sumamente influyente en la administración Truman. En este contexto ya no era Okinawa la pesadilla que asustaba tanto a Truman: habiendo sido el peor escenario de la guerra del Pacífico, se convirtió en un simple prelude para lo que sería aún peor, si es que para terminar la guerra Estados Unidos debía invadir Japón y derrotarlo en el campo de batalla.

En el capítulo 4, el autor se ocupará de analizar la Conferencia de Potsdam teniendo en cuenta que Truman ya sabía que en el corto plazo tendría a su disposición la bomba atómica. De todas formas, Miscamble parte del hecho de que Truman se retiró de Potsdam satisfecho: “I’ve gotten what I came for – Stalin goes to war August 15 with no strings on it....I’ll say that we’ll end the war a year sooner now, and think of the kids who won’t be killed!” (p. 60). La cuestión sería ahora ver si la bomba atómica estaría lista antes de que la Unión Soviética interviniera activamente en el Pacífico, o no. La diferencia, según nos muestra Miscamble, no sería menor: si la rendición de Japón se produjera antes de la intervención de Stalin, habría menos compromiso con Rusia de cara a la posguerra. Amén del interesante análisis que hace el autor de la preocupación que habría tenido Byrnes sobre este tema, el aspecto central lo resume en una frase: “nothing the United States might do could keep the Soviets out of the war” (p. 71).

Asimismo, Miscamble describe el encuentro entre Stalin y Truman, en el cual el Presidente norteamericano le informó al Premier soviético sin demasiado detalle que habían logrado desarrollar un arma que pondría fin a la guerra. Fue durante Potsdam cuando Truman recibió la confirmación de que la bomba atómica estaba lista para ser usada. Sin embargo, el autor, hace hincapié en dejar en claro que no había ningún interés por parte de Truman en usar la bomba como una ventaja ante los soviéticos. Realmente pretendía, según entiende Miscamble, ponerle fin a la guerra lo antes posible, con la menor cantidad de bajas posibles.

En el siguiente capítulo el autor analiza el contexto en el que se dio la primera detonación, es decir, el lanzamiento de *Little Boy* desde el *Enola Gay* sobre Hiroshima. Planteará en un comienzo que la tempranamente inconveniente *Operation Olympic* (la invasión a Japón y la búsqueda de poner fin a la guerra con armas convencionales), se tornó más inconveniente: “The prospects for the Olympic invasion now appeared decidedly problematic and the likelihood of significant American casualties commensurately increased” (p. 81). El autor insiste en esta postura, llegando incluso a

justificarla con el elevado número de refuerzos que habrían llegado a Kyushu. El contexto, según narra Miscamble, junto al devenir histórico y la postura japonesa fueron las verdaderas responsables de la decisión más controvertida: “If they do not now accept our terms they may expect a rain of ruin from the air, the likes of which has never been seen on this earth” (p. 87).

Nuevamente, se ocupará en este capítulo de justificar la decisión tomada por los hacedores de política norteamericana, en los mismos términos que utilizó anteriormente:

While numerous concerned commentators writing from a post-Hiroshima perspective have sought to supply all kinds of alternatives to the atomic bomb for the American president’s use, he operated in a pre-Hiroshima world. Truman and his associates like Byrnes didn’t seek to avoid using the bomb, and those who focus on “alternatives” distort history by overemphasizing them (pp. 88-9).

También resaltaré que si se escogió Hiroshima fue para evitar muertes civiles innecesarias, lo que tiene más valor a modo de *wishful thinking* por parte de Truman, y sus formas de manejar la situación que le tocó llevar adelante, que como un dato duro y empírico.

Miscamble dedica el siguiente capítulo exclusivamente a la rendición japonesa. Comenzará delimitando claramente hasta dónde llega la incidencia de la detonación sobre Hiroshima, y hasta dónde la entrada en la guerra de la Unión Soviética, en la rendición del Imperio Japonés: “The emperor’s decision, it should be noted, came before any news of a Soviet declaration of war reached him, and it confirms the decisive importance of the atomic attack on Hiroshima in forcing the ultimate Japanese surrender” (p. 96). Aclarará sin embargo, que la decisión del Emperador sólo fue impuesta al Gabinete luego de que *Fat Boy* cayera sobre Nagasaki, y la Unión Soviética interviniera en la Guerra del Pacífico. Sin embargo, la postura del autor vuelve a verse claramente: “In his own crucial deliberations the atomic attacks appeared to weigh most heavily” (p. 99).

La discusión central pasaría ahora a los términos de la derrota. Miscamble analiza la última voluntad de Japón de mantener su sistema Imperial, y las diferencias que esto causó hacia dentro del Gabinete norteamericano donde Stimson y Byrnes volvieron a verse en posturas enfrentadas. Mientras el primero alentaba a Truman a aceptar, el segundo le recordaba que en la posición en que se encontraba Estados Unidos, no debía aceptar ninguna condición. Truman terminó optando por redactar un borrador dejando en claro que la autoridad mayor en el Japón de la posguerra re-

caería sobre un Comando Supremo de los Aliados, salvaguardo los intereses de Potsdam: “from the moment of surrender the authority of the Emperor and the Japanese Government to rule the state shall be subject to the Supreme Commander of the Allied powers who will take such steps as he deems proper to effectuate the surrender terms” (p. 101). Asimismo, se dejó en claro que el Gobierno japonés debería ser escogido libremente por la voluntad del pueblo, y que las tropas aliadas no se retirarían hasta que estuvieran garantizados los objetivos de Potsdam. Agrega el autor: “This hardly constituted any explicit guarantee that the Imperial institution would continue, much less that Hirohito would remain on the throne” (p. 101).

El séptimo capítulo quizá sea el más interesante del libro y su título es contundente en cuanto a qué tema comprenderá: “Necessary, But Was It Right?” (p. 112). La advertencia que nos recaía en la introducción comienza a plasmarse en el análisis: Es necesario un análisis en términos morales de la decisión de usar las bombas en Hiroshima y Nagasaki. No recuerdo algún otro compendio de justificaciones sobre el uso de las bombas atómicas, que concentre en algunas páginas tanta convicción y determinación. Miscamble comenzará citando al general George Marshall: “it was quite necessary to drop the bombs in order to shorten the war (...) what they [the Japanese] needed was shock action, and they got it. I think it was very wise to use it” (p. 112).

Luego, traerá a colación que las bajas japonesas llegaron a tres millones (la mitad de las víctimas judías de la *Shoá*), solo para repetir que fue la obstinación del Imperio lo que no le dejó alternativas a Truman, y que sólo se llegó a la paz gracias a las bombas y al efecto que lograron sobre un desesperado Hirohito. Dirá Miscamble que “Those insisting that Japan’s surrender could have been procured without recourse to atomic bombs (...) cannot point to any credible evidence from the eight men who effectively controlled Japan’s destiny” (p. 113). Y agregará citando al investigador japonés Sadao Asada: “given the intransigence of the Japanese military, there were few ‘missed opportunities’ for earlier peace and that the alternatives available to President Truman in the summer of 1945 were limited” (p. 113). Irá más lejos, incluso, afirmando que el uso de las bombas atómicas sobre Japón previno aproximadamente doscientas cincuenta mil muertes japonesas que hubieran tenido lugar en un escenario de invasión.

Procederá también a sostener que las bajas producidas por las bombas atómicas fueron relativamente insignificantes si se comparan con las más de quince millones de muertes en Asia atribuidas a Japón. También sugerirá a modo de pregunta retórica, que el hecho de que las bombas atómicas acertaron la guerra, evitaron una invasión norteamericana a Japón, salvaron incontables cantidades de vidas para ambos bandos —“saved countless more lives on both sides of the ghastly conflict” (p. 115)—, y pusieron fin a la barbarie reinante en Asia por obra de Japón, hace que su uso haya sido no solo necesario sino también moral. Incluso citará a Margaret Gowing, quien sostiene que se trató simplemente de un medio deliberado de economizar el uso de explosivos tradicionales. Sostendrá también que aquellos quienes critican el uso de la bomba atómica, como el Almirante W. Leahy, tendrán sólidos argumentos emocionales, pero demasiado pobres en términos históricos, y que además no eran quienes estaban *on the ground* llevando adelante la situación.

Continuará el capítulo esforzándose en reivindicar la imagen de Truman. Principalmente señalando que después de Nagasaki se mostró reacio a volver a utilizar el recurso de la bomba atómica, y que incluso alguna vez ha mostrado cierto arrepentimiento de su visión (antes de Hiroshima) de la bomba como un arma más.

El desfile de justificaciones seguirá: citará a Bernstein y su argumento de “guerra total”, donde más importante que las bajas militares son aquellas que afectan a la economía del beligerante, y traerá también a Maquiavelo y su “amoralidad”, para explicar la decisión del uso de las bombas atómicas. Incluso pedirá que se juzgue en los mismos términos morales el accionar del Imperio Japonés: “Their stupidity and perfidy in perpetrating and prolonging the war should not be ignored” (p. 121).

*El capítulo entero es una invitación a hacer un repaso sobre la más variada gama de justificaciones que puede tener el uso de las armas nucleares, siendo elaborado casi a medida para defender una decisión que pareciera ser cada vez más controvertida sobre todo a la luz del desarrollo del sistema internacional en los últimos años.*

De los últimos dos capítulos quizás no hay tanto por decir como lo hubo del anterior. El octavo se ocupa de cómo un Truman, mucho más abocado a las cuestiones internas que a la arena internacional, manejó la cuestión del Monopolio Atómico, y cómo nuevamente tuvo lugar una

fuerte tensión entre Stimson y Byrnes sobre si debía usarse este monopolio para obtener ventajas diplomáticas, o si debía encararse un proyecto internacional para el control de desarrollo de energía atómica con fines militares. Finalmente contará Miscamble que “it was the question of control of atomic weapons rather than their use as an instrument of diplomacy that dominated the thinking of the early Truman administration” (pp. 136-7).

El último capítulo del libro se ocupará del inicio de la Guerra Fría. Comenzará señalando que fue mínimo el impacto de la posesión de la bomba atómica en el origen de la Guerra Fría, e incluso señalará que: “they (atomic bombs) reflected the conflict rather than serving to provoke it” (p. 138). A continuación hará un análisis del origen de la Guerra Fría para descubrir ante el lector su matriz ortodoxa de pensamiento:

Stalin overreached and moved far beyond cementing his control of Eastern Europe so as to threaten both in the Mediterranean (...) and also in Western Europe. In this disastrous choice lies the immediate origins of the Cold War. (...) it was Stalin's paranoid definition of security that effectively provoked the United States to act (p. 147).

El autor cerrará exponiendo la idea (basada en la institución realista de la Balanza de Poder) de que irónicamente la prosecución y obtención de tales armas (las atómicas) no hizo más que pavimentar el camino de la paz y la estabilidad:

Oppenheimer described this reality even more dramatically through his famous analogy of the American and Soviet superpowers as “two scorpions in a bottle, each capable of killing the other, but only at the risk of his own life”. (...) One might speculate that the searing of Hiroshima and Nagasaki into the world's consciousness helped assure that (p. 150).

Miscamble esbozará un par de conclusiones que no escapan de lo anteriormente expuesto. Si su libro pretendió ser un juicio sobre la Administración Truman y la decisión de utilizar las bombas atómicas, el veredicto que da el autor es, indudablemente, el de inocente, y esto puede adivinarse desde apenas iniciado el libro. Incluso por momentos dejará entrever que fue una decisión digna de un héroe que supo qué era lo que había que hacer y claramente lo hizo. Es un libro fácil de leer, con pasajes sumamente interesantes, y un abordaje relativamente completo sobre el tema. Un libro que defiende y reivindica una decisión controvertida, mediante un análisis y una exposición, también controvertida.